



MEMORIA SOCIAL Y TRANSICIÓN POLÍTICA: NEGACIONISMO DEL CONFLICTO ARMADO INTERNO COLOMBIANO EN LA

SOCIAL MEMORY AND POLITICAL TRANSITION:
DENYING THE COLOMBIAN INTERNAL ARMED CONFLICT IN THE COFFEE REGION

ALBERTO ANTONIO BERÓN OSPINA¹, LUIS ADOLFO MARTÍNEZ HERRERA²

¹Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia

²Universidad Católica de Pereira, Colombia

KEYWORDS

*Social memory
Transitions
Internal armed conflict
Coffee region
Social imaginary
Territory
Negationism*

ABSTRACT

The immeasurable impacts of the internal armed conflict experienced in Colombia continuously transform the different spheres of daily life. In this context, the coffee region experiences a social imaginary that denies the armed conflict in order to consolidate a development project in its territory. This article, the result of a qualitative cohort research project and the dialogue between relational sociology and historical philosophy, is intended to analyze the relationships between transitions and memories in contexts nuanced by historical violence, recognizing control devices that generate concealment of the conflict, but also practices of resistance in the coffee region.

PALABRAS CLAVE

*Memoria social
Transiciones
Conflicto armado interno
Eje cafetero
Imaginario social
Territorio
Negacionismo*

RESUMEN

Los inconmensurables impactos del conflicto armado experimentado en Colombia, transforman las distintas esferas de la vida cotidiana. En este contexto, el eje cafetero experimenta un imaginario social negacionista del conflicto armado en aras de consolidar un proyecto desarrollista en su territorio. El presente artículo resultado de un proyecto de investigación de cohorte cualitativo surge como resultado del diálogo entre la sociología relacional y filosofía histórica con la cual se analizan las relaciones entre transiciones y memorias en contextos matizados por históricas violencias, reconociendo dispositivos de control que generan ocultamiento del conflicto, pero también prácticas de resistencia en la región cafetera.

Recibido: 12/ 05 / 2022

Aceptado: 16/ 07 / 2022

1. Introducción

El presente texto funda sus reflexiones sobre las dimensiones intangibles del conflicto armado interno, identificando a nivel territorial, uno de los nuevos escenarios de la conflictividad en el tiempo de las transiciones, para lo cual acudiremos a las perspectivas de *la memoria social y el escenario transicional*. En este sentido interpretar las vicisitudes alusivas a la memoria social del conflicto armado interno en el eje cafetero y particularmente en el departamento de Risaralda, implican desdibujar los imaginarios sociales alusivos a la inexistencia o precaria existencia del conflicto armado interno en este escenario del contexto colombiano, -ubicación estratégica respecto a los polos de mayor desarrollo urbano del país, periodos de bonanza cafetera -uno de los principales renglones de la economía colombiana en el siglo XX, desarrollo de megaproyectos como el proyecto IRSA, entre otros.

Solo a partir de las cifras -por asumir una variable- el imaginario social de la precaria presencia del conflicto armado interno en la región empieza a erosionarse: 92 130 víctimas registradas en el departamento de Risaralda, 90 151 víctimas en Caldas, 39 793 víctimas en Quindío para un total de 222 073 víctimas en el eje cafetero (registro único de víctimas, Julio del 2021), señalan la presencia fáctica de un conflicto incrustado en las lógicas de desarrollo implementadas en la región.

La negación del significado de la barbarie es el objetivo hermenéutico que los asesinos buscan a través de una estrategia de banalización del mal. Perder la guerra como pasó con el nazismo, no significó para la ideología que los alentaba, que la batalla interpretativa para la banalización de sus acciones haya sido derrotada. De allí que, como alternativa para continuarle disputando la batalla al fascismo, se requiera de una nueva interpretación focalizada en la mirada de las víctimas: ver el mundo desde ellas.

El presente artículo interpreta las vicisitudes propias de la memoria social y el escenario transicional, señalando algunos elementos de contexto alusivos al conflicto armado interno experimentado en la región cafetera, tomando en ocasiones como referente territorial de análisis, al departamento de Risaralda y su capital Pereira. De igual manera se señalan algunos elementos alusivos al periodo posterior a la firma de la paz realizada entre el gobierno de Juan Manuel Santos y la guerrilla de las FARC, reconociendo algunas dinámicas historiográficas del conflicto armado en la región cafetera. Es así como se realiza una interpretación al contexto regional señalando las condiciones que han generado la invisibilización del conflicto armado y sus complejas secuelas, en un contexto matizado por un imaginario social de progreso que minimizó prácticas violentas y lógicas históricas de exclusión social.

2. Apuntes Respecto al Método

Las reflexiones desarrolladas en el presente capítulo, surgen del proyecto de investigación interinstitucional titulado: *Los retos de implementación de la paz territorial: el papel de las acciones colectivas y las prácticas sociales violentas, en la construcción de la memoria social del conflicto armado en Risaralda* (Cód: CI-021-06), investigación realizada por la Universidad Tecnológica de Pereira, la Universidad Libre, la Universidad Nacional Abierta y a Distancia, la organización social Ruta Pacífica de las Mujeres, la agencia para la reincorporación y normalización ARN, bajo la coordinación de la Universidad Católica de Pereira.

Aunque el proyecto se implementó a partir del diálogo de distintas disciplinas de las ciencias sociales tales como la sociología, la historia y la filosofía, tuvo como eje central de interpretación y construcción metodológica a la llamada *sociología relacional*, perspectiva que integra análisis históricos y lecturas de contexto en un ejercicio comprensivo de las dinámicas homicidas, las prácticas violentas y las expresiones del conflicto armado presentes en la región cafetera.

Uno de los ejes centrales del estudio buscaba analizar las relaciones entre prácticas sociales violentas y las acciones colectivas desplegadas en los procesos de construcción de paz y las memorias alusivas al conflicto armado, en los escenarios territoriales del post-acuerdo, particularmente en el departamento de Risaralda. El vínculo violencias, acciones colectivas y memorias a escala territorial, perfilaba el horizonte de análisis del presente estudio. En torno a este objeto de análisis se establece la relación entre prácticas sociales violentas y memoria social. Se identifican diversos factores que involucran una dimensión discursiva constituida por memorias, escuchas, silencios y a su vez una dimensión fáctica compuesta por hechos violentos.

Tal análisis contó como eje metodológico central la perspectiva etnográfica a partir de dos técnicas particulares: la entrevista semi-estructurada y los grupos de discusión. De igual manera, la lógica hermenéutica y los análisis historiográficos acompañaron particularmente el proceso de elaboración del presente capítulo, análisis comprensivo del conflicto armado acompañado de las categorías de transición y memoria social.

3. La Memoria Social como Campo Dispositivo y como Pugna

La memoria es un campo en disputa. En el caso del presente trabajo el concepto se vincula al esfuerzo por hacer visible las voces de todos aquellos que han sido negados por una visión excluyente de la historia, de modo que no queden encubiertos por quienes tradicionalmente han impuesto su explicación de la historia. En este aspecto el

cuestionamiento se orienta hacia la consideración del pasado de manera lineal; sugerencia realizada por Walter Benjamin, cuando “[...] advierte sobre las trampas de una escritura de la historia concebida como la narración de un tiempo lineal, homogéneo y vacío, que entra en empatía con los vencedores y desemboca irremediabilmente en una visión apologética del pasado” (Traverso, 2012, pp. 25-26).

Maurice Halbwachs destacó como la memoria insiste en recuperar parte de lo que parece olvidarse en la medida que avanzamos en la existencia. Guardamos de cada época vivida unos recuerdos a los cuales acudimos y reproducimos para constituir “el sentimiento de nuestra identidad” (Halbwachs, 2004, pp. 111). A diferencia de Henri Bergson, la memoria de los individuos es apenas una pequeña parte de la memoria del grupo, debido a que “los marcos de la memoria colectiva conservan y vincula unos con otros nuestros recuerdos más íntimos” (Halbwachs, 2004, pp. 174).

La memoria social surgió en medio de las transformaciones vividas en Europa entre finales del siglo XIX y del XX, produciendo erosión de la vida rural y efectos sobre las poblaciones que tuvo la I Guerra mundial. Esas transformaciones de los individuos con su pasado -memoria histórica-, con su grupo -memoria comunicativa- y con su tradición -memoria cultural- hacen parte de la memoria social. En la actualidad el interés por la memoria ha desbordado el campo europeo y occidental. Por consiguiente las preguntas alrededor del tema se actualizan y se aplican en otros contextos: ¿qué significa recordar para esas sociedades?, ¿cómo considerar esas singulares formas de memoria que se inscribieron en movimientos de derechos humanos, comisiones de verdad y justicia, monumentos a víctimas del terrorismo de Estado y otros tipos de agenciamiento?, ¿cómo diferenciar la memoria social de esas memorias de la violencia política sustentada por un trabajo activo de agentes y de prácticas que irrumpen en el espacio público? (Lifschitz, 2012).

La memoria es una manera de renovar la noción de pasado, no solo con intereses de reconstrucción histórica sino con el fin de localizar formas de reparación al dolor de quien sufre, -testimonios, lugares de memoria, gestores de memoria política- dotando de nuevas orientaciones al pasado. En ese sentido forman parte de lo considerado *marginado* por el pensamiento precisamente el sufrimiento. Ese interés por lo marginado pone en primer lugar de reflexión a las víctimas de la historia, ubicándolas por encima de una universalidad que se justifica desde la palabra misma, imponiendo gradaciones de víctimas o regiones de mayor importancia sobre otras.

El sufrimiento no cuenta con el prestigio de lo universal; forma parte de lo considerado accidental y circunstancial como la pobreza o la explotación. Por eso el lenguaje es el medio para la elaboración del duelo, de allí ocurre que la reflexión acerca de la memoria nos posibilite un camino distinto del centrado exclusivamente en la razón.

Respecto al campo de memoria social, la importancia de Maurice Halbwachs, es la de ser un pensador como Weber y Durkheim, creadores de diversos campos sociológicos. Para Halbwachs no hay propiamente una memoria individual, sino que se trata de una articulación social de memorias. Para Halbwachs la memoria no está depositada en un fondo de imágenes pasadas, sino que se trata de una constante reelaboración a partir de experiencias que se tienen en el presente. A diferencia de la historia, la memoria colectiva es una corriente de pensamiento continuo que no tiene nada de artificial, ya que del pasado retiene lo que aún queda vivo de él; es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene.

Mencionar la memoria, implica remitirnos a un pasado que en algún momento y por alguna razón determinada quedó en el olvido. Un pasado que entra en acción, necesita de alguna articulación para devenir en memoria; de él surgen variedad de interpretaciones: pasado como un tiempo anterior, como una estructura de verdad, como experiencia traumática, son ejes centrales de este concepto (Valdata, 2009).

La *memoria social* se basa en los intereses e interpretaciones de distintos grupos sociales; estos pueden cambiar a través del tiempo como resultado de múltiples negociaciones, disputas e intersecciones. En vez de describir la memoria social como un proceso de acción y reacción, en el que memorias subalternas responden a memorias dominantes, se entiende aquí a la memoria social como el resultado de múltiples narrativas que provienen simultáneamente de muchas direcciones (Oyola, 2017, 134-135).

Por su parte Ana María Rabe concibe que la memoria no puede ser asunto del pasado. Al contrario, deberá ser “una memoria abierta, productiva y crítica, en concreto por lo que muestra al respecto el caso colombiano” (Rabe, 2019). La autora pone en tela de juicio la concepción según la cual la memoria empieza cuando esta se vuelve historia. ¿Será que no puede haber memoria de los episodios actuales? ¿Qué visión se nos abriría si la memoria no fuera algo que concierne solo al pasado, esto es, si su enfoque no fuera únicamente retrospectivo, sino igualmente productivo y prospectivo? Vivimos siempre en el presente, que es también y al mismo tiempo presente-pasado y presente-futuro. En este aspecto, el tiempo posterior a la firma de los acuerdos puede considerarse como un tiempo que contiene una promesa, donde tras la repetición concentrada de lo mismo, sigue latente un tiempo distinto que de manera preliminar llamamos memoria del presente.

En Colombia, la apropiación social de la memoria como un mecanismo o dispositivo para enfrentar o tramitar el conflicto armado entre las comunidades tiene una larga temporalidad, que, ha transcurrido de manera paralela al conflicto armado interno, al menos durante treinta años. La memoria en Colombia no surge como un campo autónomo, no es un objeto de trabajo en sí mismo, sino que aparece de forma subsidiaria,

inmersa en la denuncia y movilización por la defensa de los derechos humanos; en otras palabras, se da en medio de la denuncia y la resistencia contra los mecanismos y políticas de encubrimiento e impunidad de las violaciones a los derechos humanos que se expandieron al amparo de los discursos de la seguridad nacional. (Sánchez, 2018)

En la ley 1448 de 2011, la Memoria se entiende como reparación simbólica a favor de las víctimas o de la comunidad en general, orientada a asegurar la preservación de la memoria histórica, la no repetición de los hechos victimizantes, la aceptación pública de los hechos, la solicitud de perdón público y el restablecimiento de la dignidad de las víctimas. Sobre esas pretensiones ha discurrido la memoria en Colombia: como memoria histórica, como esclarecimiento de la verdad histórica. Como lo hemos señalado con anterioridad:

Las memorias sociales, siempre inacabadas y en conflicto, confrontan las promesas transicionales dibujando algunas de las preguntas que develan los intereses globales presentes en los territorios en disputa, señalan las prácticas grises de élites locales y regionales que operan a partir de ordenes sociales casuísticos, denotan las prácticas sociales violentas que modelan el tipo de orden y autoridad que impera en los enclaves territoriales descentrados de los principales centros del desarrollo urbano presentes en Colombia. (Berón Ospina & Martínez, 2020)

3. 1. Una Lectura Transicional del Territorio en Clave de Memoria

Para proponer una lectura del conflicto en la región se requiere de una mirada que combine un orden de lo histórico, el ámbito abarcador de lo sociológico a partir de la teoría del conflicto, así como un rescate y visibilidad de los sujetos afectados, lo que conduce a una irrupción del ámbito de la memoria. Esta interpretación considera que la construcción histórica en el Eje Cafetero necesita cuestionar la concepción de progreso sobre la cual se ha constituido. Lo anterior lleva a pasar el rasero de la memoria de los vencidos sobre el pasado: formas de la Conquista, luchas indígenas, narrativas de la colonización antioqueña, apropiación de la tierra, urbanización, entendiendo con esto que el pasado puede ser una interpretación viva que se actualiza en el presente y el futuro; una práctica de la barbarie que pasa por el adueñarse de las riquezas de los territorios, desconociendo a sujetos y grupos, luchas y sueños en defensa de estos mismos escenarios.

La construcción histórica de este territorio se remonta al proceso de la “colonización antioqueña”. Igualmente, la denominada “época de la violencia” puso en disputa entre hacendados, élites políticas y pequeños propietarios gran parte del territorio. Tras la división del viejo Caldas -1967- se originan tres entidades territoriales administrativas, entre ellos Risaralda. El surgimiento de los tres departamentos favoreció la descentralización que estimuló olvidos de las violencias vividas a mediados del siglo XX (Pacheco & Correa Ramirez, julio-diciembre de 2012). La creación de esta entidad territorial se inserta en las dinámicas pacificadoras del Frente Nacional, fue una respuesta a la violencia que a mitad del siglo XX vivió el Departamento de Caldas; esta nueva configuración esperaba atenuar las tensiones políticas entre liberales y conservadores (Órtiz, 1985). El nuevo departamento se alzaba como promesa ante sus ciudadanos, la promesa de construir una nueva vida, que implicara el olvido y la superación de la violencia. Las nuevas élites emergentes, fueron conformadas en su mayoría por grandes productores de café, industriales, comerciante y una clase política nueva a su vez que el contrabando de café aparece como frecuente práctica económica. Estos grupos generaron un relato justificativo de la separación del “viejo Caldas” en el que prevalece como motivo, el atraso vivido por los municipios a causa del centralismo manizaleño, cuando la realidad era el impacto de la violencia vivida en aquel momento (Lopez & Correa, 2020, p. 44). Esto se podría calificar de una estrategia que funciona como una memoria *encubridora* que sirve para pasar la página sobre recuerdos y responsabilidades incómodas.

En relación con el orden de lo histórico es preciso considerar las violencias que se produjeron alrededor de los años cincuenta en el antiguo Caldas, hasta las violencia asociadas al narcotráfico, así como el recrudecimiento del conflicto en el año 2000, para finalmente considerar las violencias posteriores a los Acuerdos de Paz de la Habana. Desde los años setenta se produjo en el Occidente colombiano una dinámica social de ascenso económico de fracciones de clase, acompañada de una violencia sutil que tuvo como epicentro a Cartago, el norte del Valle, Quindío y Risaralda, y que fue liderada, por un lado, por el núcleo Medellín-Urabá, y por otro, por el de Cali-Buenaventura. Estos dos núcleos fueron los que a su vez dieron origen a dos grandes y bien conocidos focos de refinamiento, procesamiento y comercialización de cocaína: el núcleo antioqueño y el núcleo valluno. Ambos revivieron e imprimieron nueva fuerza al antiguo “pájaro” que se había mantenido en los pueblos del occidente colombiano de manera latente, prestando sus servicios a fracciones conservadoras, proyectándolo hacia los actuales grupos de limpieza y el moderno sicariato. Poblaciones del Valle, Quindío, Caldas, Risaralda y Antioquia profundamente afectadas por las violencias de la década de los años cincuenta, constituyen hoy importantes focos de generación de sicarios que para las nuevas y modernas empresas de la muerte en ocasiones han contado con el adiestramiento y asesoría de viejos “pájaros” locales” (Betancurt, 1991).

Los grupos guerrilleros comenzaron a hacer presencia en el Eje Cafetero aproximadamente en los años ochenta, registrándose en los departamentos de Caldas y Risaralda la presencia del M-19; del Frente 47 (Frente

Noroccidental) y El Frente 9 y el Frente Aurelio Rodríguez de las FARC. A finales de los años 90 en el Eje Cafetero hicieron presencia pequeños “capos” al servicio de los carteles de Medellín y del Norte del Valle. A su vez se produce la avanzada de estructuras paramilitares que ofrecían sus servicios de seguridad, buscando consolidar estos intereses de las grandes mafias y el pedido de empresarios y ganaderos víctimas de las extorsiones de la guerrilla.

Un segundo planteamiento tiene que ver con la constitución de una narrativa histórica sobre el conflicto, la violencia y la memoria en el Eje cafetero. Entre las temporalidades a tener en cuenta están: en 1989 se rompió el Pacto del Café, en 1991 se comienzan a implementar una apertura económica que afecta a la región mencionada. Los movimientos sísmicos de los años 95 y 99 que afectaron a los departamentos de Risaralda y Quindío, influyeron en la llamada “debacle del Eje Cafetero”, de igual modo refuerzan un tipo de progreso que se sintetiza en la tensión entre desarrollo y marginación:

La consolidación del proyecto de ciudad-región del Eje Cafetero abocada al comercio, los negocios y la interconexión de capitales y mercancías, exigía transformaciones estructurales del municipio, a la par con el decrecimiento de la economía cafetera, la tercerización de la economía y la apuesta por generar las condiciones para que intereses regionales, nacionales y transnacionales encontraran las condiciones para el desarrollo de sus propias dinámicas; este panorama obligó a las élites de poder regional y local, a la promoción de un proyecto amparado en el discurso del desarrollo que señalaba las razones para la transformación de la ciudad. (Martínez, y otros, 2010, p. 191)

A partir de los años noventa el desarraigo, el desempleo y el desplazamiento forzado incrementaron los cinturones de miseria en las ciudades. El turismo en la región que estableció una dinámica social dependiente y novedosa, que no ha logrado proyectar un bienestar común, al contrario, ha propiciado degradación social, ambiental y cultural.

EL fenómeno de la violencia en las zonas del occidente colombiano puede entenderse en un primer momento al ser estos territorios y ciudades, lugares de resistencia, debido a una fuerte tradición minifundista o una idea de “ciudad de oportunidades” como es el caso de Pereira. Como contra-cara de esta idea de desarrollo surgen una serie de fenómenos que serán elementos constitutivos de una naciente cultura de la memoria: el conflicto armado en el municipio de Pueblo Rico, la disputa por el territorio en Quinchía, la aparición de grupos paramilitares de primera y segunda generación como “Los Magníficos” y “Cacique Pipintá”, la resistencia de los campesinos hacia la minería a gran escala, las secuelas sobre la población que dejó la “Operación libertad” realizada por el Estado sobre el municipio de Quinchía en el año 2003, los cuerpos desmembrados de las víctimas de la violencia que pasan por los ríos próximos a los territorios de la Virginia y Marsella, o las huellas de la “limpieza social” a partir de la renovación urbana en Pereira; cada uno de estos acontecimientos son marcas para la elaboración de una narrativa de memoria social.

De esta manera, las violencias (como mediación social que posee su más dramática expresión en las violencias homicidas) se explican fundamentalmente no como el resultado de las estructuras criminales hegemónicas presentes en la región sino a partir, por un lado, de un conjunto de disposiciones para la acción que relativizan las dimensiones legales implementando -en ocasiones-, acciones mediadas por la fuerza y la violencia, y por otro, la existencia de un nodo de relaciones objetivo que configura capitales, agentes, grupos, intereses e instituciones, en un variado y estable mercado de la criminalidad el cual se articula a los ritmos institucionales propios de la legalidad y contribuye en la generación de un *orden social casuístico* existente en la otrora ciudad cafetera. (Martínez, p. 307, 2017)

La idea de progreso pudo haberse desarrollado a partir de la negación u olvido de relaciones violentas desarrolladas en la región, lo que influyó a que en Risaralda subsistiera una violencia estructural solapada bajo toda una serie de grandes proyectos que se desarrollaron a finales del siglo XX y principios del siglo XXI, tal como lo plantean los autores del trabajo mencionado: la carretera al mar, la minería a gran escala, el proyecto de ciudad-región, la renovación urbana del antiguo sector de la galería de Pereira. El término violencia estructural es aplicable en aquellas situaciones en las que se produce un daño en la satisfacción de las necesidades humanas básicas (supervivencia, bienestar, identidad o libertad) como resultado de los procesos de estratificación social, es decir, sin necesidad de formas de violencia directa. El término violencia estructural remite a la existencia de un conflicto entre dos o más grupos de una sociedad (normalmente caracterizados en términos de género, etnia, clase nacionalidad, edad u otros) en el que el reparto, acceso o posibilidad de uso de los recursos, que es resuelto sistemáticamente a favor de alguna de las partes y en perjuicio de las demás, debido a los mecanismos de estratificación social. La utilidad del término violencia estructural radica en el reconocimiento de la existencia de conflicto en el uso de los recursos materiales y sociales y como tal, es útil para entender y relacionarlo con manifestaciones de violencia directa (cuando alguno de los grupos quiere cambiar o reforzar su posición en la situación conflictiva por la vía de la fuerza) o de violencia cultural –legitimaciones de las otras dos formas de violencia, como, por ejemplo, el racismo, sexismo, clasismo o eurocentrismo– (La Parra & Tortosa, 2003).

El Departamento de Risaralda suele presentarse como un “remanso de paz”, aunque a pesar de este supuesto, la historia del departamento y la subregión que cubre, ha compartido con el Departamento de Caldas, el actuar de organizaciones como el EPL, en especial el Frente “Oscar William Calvo”, tal como lo evidenciamos en una investigación realizada para el Centro Nacional de Memoria Histórica y Colciencias en *Quinchía una memoria de resistencia oculta entre montañas y Persistencia de vínculos comunitarios y procesos de memoria y paz* del Instituto Colombo alemán para la Paz y la Universidad Tecnológica de Pereira. Igualmente, las investigaciones desarrolladas por el Programa de Investigación en Transiciones, Violencias y Memoria, han mostrado el tema de los mercados ilegales y los grupos post desmovilizados luego del proceso de Justicia y Paz (Martínez, 2012), así como la manera que esto afectó y transformó las relaciones entre los conceptos de legalidad e ilegalidad, en el caso del grupo delincinencial “La cordillera”. Lo anterior para señalar, que han existido procesos de indagación académicos previos que en su momento han estudiado las violencias en la subregión, desde mediado de los años noventa hasta el 2022.

En el 2005, se puede destacar el proceso de desmovilización de paramilitares y las estructuras narco-paramilitares de Macaco. Dichos actores se ubican en la ciudad de Pereira y entran al negocio del narcotráfico, brindando inicialmente seguridad a la Cordillera, para luego tomarse por completo dicha organización. En el 2008, Los Rastrojos consolidan su influencia en la región en un periodo de alto incremento de la violencia homicida experimentada en Risaralda. (La Parra & Tortosa, 2003, p. 306)

Este ámbito histórico de la violencia ha sido invisibilizado y naturalizado, acción que definiremos como un negacionismo que ha permitido marginar, olvidar, normalizar formas estructurales de la violencia que han persistido en la región tanto en términos de corta, mediana y larga duración. Actores regionales de la violencia que dejaron marcas de dolor debido a sus acciones, fueron también vistos en su momento como “bandoleros rebeldes” en el caso de “Capitán Venganza” en tiempos de auge del “Frente Nacional”, empresarios de éxito y líderes políticos durante los años ochenta como Carlos Lehder Rivas, hombre de negocios como Olmedo Ocampo, el grupo sicarial de “Los Magníficos” que operó en distintos municipios del “Eje cafetero”, o más recientemente en los años 2000 Carlos Mario Jiménez, alias “Macaco”, evidencian que más allá de la naturalización y el silencio han existido particulares dinámicas entre violencia, economías ilegales, complicidad social y perspectivas de desarrollo regional (Martínez, 2017b, p. 292-294).

En el año 2000 el Frente Cacique Pipintá se posicionó en el norte y centro de Caldas, con presencia en el suroriente antioqueño y un punto focalizado en Quinchía, por su continuidad con los intereses mineros y el entramado vial que conecta con Riosucio-Supía-Marmato-La Felisa. El Frente “Héroes y Mártires de Guática” ejerció el control territorial y político en el Área Metropolitana del Centro Occidente de Risaralda y en la subregión occidental de Risaralda, esta última es territorio étnico de comunidades afrodescendientes e indígenas. En 1999, se había conformado un grupo ilegal conocido como “La Cordillera”, que asumió el control a partir del 2005, de las zonas que estuvieron bajo el dominio de este frente de las AUC.

En el Eje Cafetero se están investigando 66 casos con 92 víctimas de Ejecuciones Extra- judiciales que vinculan a cerca de 100 militares, entre ellos dos generales activos: Emiro José Barrios y Jorge Enrique Navarrete quienes comandaban la Octava Brigada del Ejército Nacional con sede en la ciudad de Armenia. La memoria no ha podido realizar su proceso de reivindicación y verdad de manera integral por falta de organización y empoderamiento, la fragmentación, el miedo y el silencio no han permitido que las víctimas se hagan partícipes en la construcción social de verdad y memoria, quedando una tarea pendiente por realizar, en la que aún hay muchas cosas más por decir y descubrir (Cinep/Programa por la paz, Enero-junio de 2016).

La llegada de las grandes empresas mineras a determinados lugares de Colombia a finales de los años noventa, así como el impulso por parte del gobierno a través de licencias mineras, algunas de ellas como en el caso de Quinchía que entraron en conflicto con los resguardos indígenas y la tradición de minería artesanal, supuso la llegada a su vez de actores ilegales que iniciaron un proceso de retoma del control territorial que supuestamente estaba en manos de la disidencia izquierdistas “Oscar William Calvo” del Ejército Popular de Liberación EPL (Jaramillo, Beron Ospina & Mena, 2020).

Lamentablemente quienes padecieron este asedio contra -insurgente del frente “Cacique Pipintá” de las AUC, fue como en la mayor parte del conflicto armado colombiano, la población civil. De esta manera durante los primeros años de 2000 lo que tenemos son acciones en veredas contra la población civil: indígenas y campesinos. De esta manera las experiencias familiares de la guerra se vuelven parte del relato y de la memoria colectiva, lo cual trascenderá en el tiempo. Tenemos de esta manera, un nuevo escenario de disputa asociado a la lucha por la riqueza del subsuelo y a las crecientes economías ilegales presentes en la región cafetera.

4. Nodos Explicativos del Conflicto Armado Interno: la Mediación Violenta en el Contexto de la Ciudad-Región¹

En el marco siempre inacabado de la perspectiva histórica trazada en las páginas iniciales del presente texto, se inscribe una pregunta central alusiva a las características diferenciadoras de la conflictividad presente en la región cafetera. En el escenario negacionista del conflicto en la región, -negación particularmente profunda en el departamento de Risaralda- se perfila el horizonte de la memoria social y de los imaginarios sociales del conflicto, como dos caras de una misma moneda que denotan el nuevo escenario de tensión presente en el contexto posterior a la firma del acuerdo de paz en Colombia.

A la pregunta por las particularidades del conflicto en la región cafetera, tres nodos se relacionan para trazar las disputas por las representaciones de nuestro conflicto. Los ejes: *desarrollo-ilegalidad, megaproyectos-élites regionales, y mercados criminales-agente gris*.

El análisis de dichos nodos constituye uno de los ejes explicativos del conflicto armado interno en la región cafetera, el cual permite perfilar uno de los hallazgos alcanzados durante la presente investigación.

El nodo *desarrollo-ilegalidad*, trazado en la primera parte del presente texto, destaca un tipo de progreso que se inscribe en los albores del siglo XX y que contó como co-relato, con las relaciones entre el monocultivo de café y el desarrollo del contrabando de café, textiles y confecciones como ejes complementarios que permitían la reinversión de algunas de las ganancias legales del café, en los mercados ilegales del contrabando.

El mercado ilegal del contrabando de textiles y confecciones en el Risaralda se reconoce como un fenómeno ilegal de carácter histórico que ha acompañado de manera paralela y complementaria al mercado legal en la región. Su origen se encuentra en la propia estructura legal de dichos sectores, interesados en reinvertir algunos de sus recursos legales en el rentable negocio del contrabando. Ese mercado ilegal no se erige como un nodo económico subalterno o periférico al mercado legal. Existe como una variante más de la economía legal, con una clase dirigente, empresas en todos los niveles –desde la pequeña, mediana y gran empresa- y lógicas de acción incrustadas en un sistema productivo y comercial que ha aprendido a operar de manera relativamente estable, en la delgada línea que distingue la acción legal de aquella que no lo es. (Martínez, 2020, p. 188)

El nodo *megaproyectos-élites regionales* denota un tipo de relación con el uso de la tierra y los intereses legales e ilegales que la definen. Los informes de la Defensoría del Pueblo a escala regional han señalado la recreación de un conflicto armado interno particular en la región cafetera que ha contado como elemento *sui-generis* de la existencia de intereses económicos en torno a enclaves territoriales entre los que se destaca el mega proyecto IRSA y sus proyectos asociados implementados en el continente latinoamericano, y que encuentran en el departamento de Risaralda un eje de implementación obligado resultado de su ubicación estratégica.

Megaproyectos como la Zona Franca Internacional de Pereira, las autopistas de conexión Pacífico III como parte del eje articulador de la Transversal de Las Américas, la carretera al mar, la conexión al Puerto de Tribugá, el Tren de Occidente, el proyecto de mejoramiento de la navegabilidad del Río Cauca, las conexiones con los Túneles de La Línea y La Tesalia, el Túnel de Boquerón, las Doble Calzadas de Bogotá - La Dorada; Bogotá - Calarcá y Calarcá - Cali, la carretera al Nevado del Tolima, los Aeropuertos Internacionales y la Conexión con el Puerto Multimodal en La Dorada, apuntan a resolver las necesidades de infraestructura que las clases dominantes y el mercado mundial requieren de acuerdo a la matriz de acumulación que imponen los imperialistas, ubicando a Risaralda como segundo punto de conexión vial intercontinental en el país, después de Bogotá, donde las vías 4G o autopistas de cuarta generación están pensadas para conectar la explotación minera con el Pacífico, principalmente con el Chocó. (Informe Noche y Niebla Vol. 53, pp. 60-61)

1 “En el caso particular del Eje Cafetero, la ciudad-región ha sido entendida como un sistema de ciudades que, además de poseer una ciudad central, cuenta con otras ciudades dotadas de fuerte personalidad histórica y de elementos de centralidad urbana. Es una ciudad discontinua, pues, la regionalización de las funciones urbanas permite la existencia de áreas funcionales fuertemente interrelacionadas en cuyo interior se cuenta con espacios “vacíos” significativos” (Arango, 2005, p. 112). Adoptaremos la noción de ciudad-región acotada para el presente capítulo a la ciudad de Pereira, ciudad capital del departamento de Risaralda, uno de los tres departamentos los cuales, junto a Caldas y Quindío, integran el llamado Eje cafetero.

Por último, el nodo *mercados criminales-agente gris* constituye un tipo de relación asociada a *prácticas sociales violentas*² y pautas culturales en las que se estructura un tipo de habitus económico asociado al *todo vale*, una forma de hacer empresa que estructura lógicas sociales que revitalizan los marcos legales establecidos en búsqueda de un desarrollo económico flexible a las normas definidas. En este nodo, las prácticas violentas perfilan un tipo de mediación históricamente instituida en la región cafetera y que encuentra en los mercados criminales y las violencias homicidas, un eje explicativo de la conflictividad presente en el territorio.

El declive de la economía cafetera estuvo acompañado de un paralelo mercado ilegal en proceso de expansión y que posibilitó la instauración de un modelo mixto de desarrollo (legal e ilegal). Este confrontó las secuelas de la crisis económica generando un mercado laboral precario pero “estable”; por otro lado, reprodujo formas de autoridad, poder y control estables, con tensiones latentes que se expresaron en momentos específicos y que señalaron pugnas dentro de los poderes instituidos (Martínez, 2013, p. 159-160). Pero las disputas no lograron revertir la lógica informal, y por momentos, ilegal, instaurada en Risaralda desde la segunda mitad del siglo XX. Es así como las condiciones estructurales han permitido la emergencia de una economía subterránea que concentra nodos comerciales ilegales, como el contrabando. Estas actividades han encontrado el capital social necesario para consolidar sus mercados ilegales en el corazón del Eje Cafetero. Estas condiciones históricas permiten comprender el contrabando no como un acto desviado, criminal, patológico o anómico, sino como una práctica histórica socialmente avalada, con la capacidad para reproducir nodos comerciales estables que no obstaculizan las lógicas legales instauradas a nivel regional. (Martínez, 2020)

De esta manera, la sociología relacional nos permite identificar los vínculos que se estructuran respecto a los tres nodos señalados, los cuales permiten interpretar el discurso negacionista del conflicto en el marco de un modelo de desarrollo comercial y de servicios asociado a la instauración de *imaginarios sociales de convivencia e inclusión* como dimensión representativa de la conflictividad regional, la cual desdibuja las realidades experimentadas en el contexto cafetero.

5. A Manera de Cierre

La relación entre la filosofía y la sociología -uno de los vectores del estudio realizado- a partir de conceptos como memoria, transición y conflicto generan un redimensionar el pensamiento a partir de fenómenos situados en una espacialidad que considera la región cafetera como laboratorio de análisis. De esta manera la filosofía se acerca a lo social, realizando un giro que la contextualiza con las problemáticas señaladas.

En la región cafetera se ha constituido un tipo particular de progreso cuya base de acumulación original ha sido la tierra. El significado de la cultura cafetera, sirvió como elemento impulsador de posteriores desarrollos que contaron a su vez con un ámbito en los bordes de la ilegalidad y la legalidad como es la figura del contrabando.

La confianza en el porvenir de esta región se amplió pasando de la empresa cafetera a otros escenarios y retos de la vida productiva de la sociedad; los llamados megaproyectos cuyo impacto territorial deja huella en la existencia de las comunidades. Los mega-proyectos poseen múltiples implicaciones, no solo materiales sino políticas y éticas en cuanto configuran actores sociales múltiples.

Entre los actores y las subjetividades múltiples que el presente capítulo ha destacado aparece la reactualización y transformación de las élites regionales como a su vez la expansión de mercados criminales integradores de dinámicas que al contrario de excluirse desarrollan particulares sinergias.

Es en este panorama en el que se instauran lógicas de un orden social que posibilita, por un lado, continuos desarrollos económicos en el orden territorial, y por otro, lógicas de autoridad que flexibilizan la norma y encuentran en las prácticas sociales violentas disposiciones válidas para hacer empresa, con las implicaciones socioculturales que traen dichas prácticas de normalización de comportamientos informales e ilegales.

Pensar la memoria en la territorialidad de la región cafetera ha permitido entender las dinámicas mencionadas como un conjunto de elementos que se hacen visibles bajo una lógica distinta a la linealidad; por el contrario, realizar una lectura regional de la memoria conduce a lecturas compartidas y simultáneas, donde los ecos del pasado prosiguen impactando el presente, modificando el futuro, construyendo correlatos subalternos los cuales han resistido, desde las múltiples fisuras y las frágiles periferias, los embates de las múltiples violencias.

2 “Para confrontar la ilusión de transparencia de lo social, (perspectiva que señala la dificultad del agente para leer el conjunto de relaciones que lo atraviesan) Bourdieu propone analizar la doble existencia de lo social: en las cosas y en los cuerpos. Reconoce, por un lado, la existencia de estructuras sociales externas(ESE), entendidas como las estructuras objetivas e independientes que pesan sobre las interacciones individuales, condiciones objetivas que condicionan las prácticas sociales. Las categorías de campo, capital e intereses perfilan las posiciones relativas y las relaciones objetivas entre posiciones. Por otro lado, las estructuras sociales internalizadas, entendidas como las estructuras incorporadas en los agentes sociales, las cuales exaltan el sentido vivido de las prácticas sociales, a partir del punto de vista, las percepciones y las representaciones elaboradas por los agentes. Las nociones de habitus, práctica, clase social y estrategia denotan las variaciones que tienen en cuenta la propia experiencia de los agentes. Para el presente análisis, las disposiciones para la acción reconocidas como prácticas sociales violentas en los agentes sociales que actúan, no sólo en torno a las violencias homicidas específicas, sino también en torno a las tramas sociales configuradas en territorios locales y subregionales” (Martínez, 2017, p. 290).

Referencias

- Arango, O. (2005). Ciudad-región eje cafetero. Hacia el desarrollo urbano sostenible. *Revista Desafíos*, 12.
- Baer, A. (s.f.). La memoria social: Breve guía para perplejos. *Las políticas de la memoria*. <https://politicadela memoria.org/wp-content/uploads/2010/01/Baer-2010-La-memoria-social.pdf-1170.pdf>
- Berón, A. (2007). *Filosofía y Memoria: el regreso de los espectros*. Hoyos Editores.
- Berón, A. (2010). El filósofo como cronista de las víctimas. En A. Sucasas, A. Zamora (Ed.), *Memoria-Política-Justicia: en diálogo con Reyes Mate* (pp. 296-308). Trotta.
- Berón, A. (2011). Violencia y memoria, la experiencia colombiana. *Revista Anthropos*, 230, 36-38.
- Berón, A. (2019). La memoria como una propuesta de justicia. En López, Castro, Tovar (Ed.). *Claves de la justicia desde América Latina* (pp. 333-341). Tirant to blanch.
- Berón, A. (2016). Del Campo de concentración al campo de la vereda. Dos experiencias de hacer literatura sobre el conflicto armado. *Revista Aleph*, 178, 86-94.
- Berón A., Arciniegas, J.P., Castillo Quintero, Isabel., Marin, J (2020) *Entre cerros y montañas: memorias de resistencias en Quinchía*. Desdeabajo.
- Berón Ospina, A. A., & Martínez, L. A. (2020). Aportes al campo de la memoria, la verdad y el esclarecimiento de la historia. *Ciencia Nueva*, (4) 98-99.
- Cassirer, E. (1993). *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*. Fondo de Cultura económica.
- Carretero, Á. (2003). Postmodernidad e imaginario. Una aproximación teórica. *Foro interno*, 26(3) 87-101. file:///Users/Valeria/Downloads/ecob,+FOIN0303110087A.PDF%20(1).pdf
- Cinep/Programa por la paz. (Enero-junio de 2016). Eje cafetero ¿Remanso de paz? Extractivismo, paramilitarismo. *Noche y Niebla*, 39-70.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos.
- Jaramillo Marin, J., Berón Ospina, A., Victoria, Carlos. (2020). Pacificación territorial e insubordinación en una "Plaza Roja". El caso Quinchía, Colombia. *Anuario Colombiano de historia social*, 47(2) 113-150.
- Jaramillo, J., Berón, A., Parrado, E. (2020) Perspectivas disruptivas sobre el campo de la memoria en Colombia. Utopía y Práxis Latinoamericana. *Universidad del Zulia*, 25, 162-175.
- La Parra, D., y Tortosa, J. (2003). *Violencia estructural: una ilustración del concepto*. Cáritas Española. <https://www.ugr.es/~fentrena/Violen.pdf>
- Lifschitz, J. A. (2012). La memoria social y la memoria política. *Aletheia*, 3(5)2-15.
- Martínez, L.A. (2012). Planeación del desarrollo y violación a los derechos humanos: Risaralda y la "reinención del territorio". *Universitas Humanistica*, 73(73), 111-112.
- Martínez, L.A. (2013). "Lógicas modernizadoras matizadas por la exclusión: Pereira, el exterminio del otro en tiempos de cambio". *Revista textos y sentidos*, 8, 159-160 Universidad católica de Pereira.
- Martínez, L.A. (2017a). Contrabando, narcomenudeo y explotación sexual en Pereira, Colombia. *Revista mexicana de sociología*, 73(3)459-486.
- Martínez, L.A. (2017b). Retos del pos acuerdo: violencia homicida y prácticas sociales violentas en la ciudad de Pereira. *Sociedad y Economía*, 33, 292-294.
- Martínez, L.A. (2020). *Crimen organizado y violencia homicida en ciudades intermedias*. Coordinador Editorial Univeersidad Tecnológica de Pereira.
- Martínez, L.A. (2020 b). *A las Sombras del Contrabando. Desarrollo Regional y Criminalidad en Colombia. El contrabando y la violencia homicida en el departamento de Risaralda*. Editorial Universidad Católica de Pereira.
- Martínez, L.A., Ortiz, D., Viloria, M., Perdomo, C., Restrepo, C. y Vázquez, A. (2010). *Planes de desarrollo, derechos humanos y exclusión: Risaralda 1997-2007*. Nuevo Milenio.
- Martínez, L. A., Marulanda, L., Martínez, O., Perdomo, C. y Martínez, J. (2016). *Contra-caras del poder regional. Contrabando, narcomenudeo y explotación sexual comercial*. Universidad Tecnológica de Pereira.
- Martínez O, y Marulanda, L. (2016). La economía de consumo como modelo de desarrollo en la ciudad de Pereira. Editorial Fundación Universitaria del Area Andina.
- Marulanda L. y Martínez, O. (2016). *La economía del consumo como modelo de desarrollo en la ciudad de Pereira. Tensiones entre discursos de dominantes y dominados. Una mirada desde la reubicación de la antigua galería de Pereira*. Edición Fundación Universitaria del Area Andina.
- Morin, E. (1991). *El método IV. Las ideas. Su habitat, su vida, sus costumbre, su organización*. Ediciones Cátedra S.A.
- Oyola, S. M. (2017). La memoria social: una herramienta de la justicia transicional en Chile y Corea del Sur. *Revista colombiana de sociología*, 134(40) 134-135.
- Órtiz, C. M. (1985). Estado y subversión en Colombia. Violencia en el Quindío años 59. *CEREC*.
- Pacheco, J. A., & Correa Ramirez, J. (2012). Disputas por la centralización/descentralización administrativa en el viejo Caldas, 1905-1966. *ACHSC* 39(2) 187-216.
- Pecaut, D. (1993). ¿Es posible una interpretación global de la violencia? [ponencia]. Universidad del Valler, Colombia. <https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/handle/10893/5125>

- Pecaut, D (1999). Configuraciones del Espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*, 35(1) 8-35.
- Pintos, Juan Luis. (2004). Marginados y excluidos. Un enfoque interdisciplinar. Inclusión-exclusión. Los imaginarios sociales de un proceso de construcción social. *Universidad de Santiago de Compostela*, (16) 17-52.
- Sanchez, G. (2018). Memorias, subjetividades y política. *Análisis Político*, 92, 93-97.
- Traverso, E. (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.
- Valdata, M. (2009). *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. Siglo XXI Editores.